

menos dolorosos sus sufrimientos, mucho más, que esperaba, gracias á su buena conducta y á las gestiones del señor Robins, que le perdonarían la mayor parte de su condena, y en cuanto estuviera libre, Jorge y Susana volverían á Francia. Jorge, gran artista, Susana, una hermosa joven, y viviría con ellos en un lugar apartado, querido, respetado de aquel hermano y de aquella hija adoptiva por quien se había sacrificado.

Estos pensamientos, estas esperanzas, estos sueños hicieron soportable su existencia, en la *Grande-Roquette*.

En los primeros días de Abril supo que iba á formar parte del convoy de presos que la Administración enviaba á una de las tres casas donde los sentenciados extinguen sus condenas: Aniane, Thouars y Melun. En efecto, dos días después dejaba su prisión provisional, subía en el carruaje celular y era trasladado á Melun.

SEGUNDA PARTE

I



ÚNEZ, en la antigüedad denominada *La Blanca Perla del Occidente*, según los poetas; *El Albornoz del Profeta*, como le llaman los árabes, estaba muy agitada, tumultuosa, el lunes 18 de Septiembre de 187...

Desde la Kasba, barrio musulman, á la plaza de la Marina, donde viven los europeos, todo es movimiento y ruido. En los *souks*, ó grandes bazares, los moros, con sus vestidos blancos, ceñida la cabeza con turbante multicolor y los pies calzados con sandalias ó botitas de cuero de Levante, en lugar de dirigirse á vender sus mercancías ó á tomar café, se detienen en grupos y gesticulan.

Los árabes, envueltos en su blanco albornoz, se reúnen también en agitados grupos, y el barrio de los judíos veíase menos agitado que los demás.

Las mujeres judías, dotadas del privilegio que les da la religión, de dejarse ver con el rostro descubierto, seguían á sus maridos.

Algunas de ellas, de clases elevadas, formaban grupos, hablando en desorden, y su animación era tal, que su *fedraje*, especie de manto, se entre-

abría, para dejar entrever la chaquetilla de seda, bordada de perlas, y el pantalón, de raso bordado de oro; algunas, en su agitación, hasta olvidando su ley que les prohibe mostrar el rostro en público, dejaban flotar su velo, permitiendo que los transeuntes admirasen la pureza de sus líneas, sus rasgados ojos negros, y sus dientes de perlas. ¿Qué es lo que pasa en la ciudad, decían? ¿Estamos en pleno motín? ¿Se levantan los tunecinos contra su Señor?

Si así fuera, los soldados no presenciarían tranquilos el movimiento; los oficiales con su *redigot* negro, abotonado, y su gorro encarnado, el *Fez*, con estrella de oro, se mezclaban también á los grupos, y en vez de calmarla, tomaban parte en la agitación general.

Esta se multiplicaba, y un grupo de árabes, turcos, moros, en que todas las religiones aparecían confundidas, se dirigía al Palacio de Mourad, primer Ministro del Bey.

¿Por qué todos los habitantes de Túnez rodean esta casa? ¿Quieren aclamarle ó escarnecerle?

Esta última hipótesis parecía la más probable, porque muchos árabes, en ademán hostil, amenazan el Palacio, frente al cual se habían detenido, y se oía repetir á la multitud la palabra *¡giaour, giaour!*

Esta palabra es una frase que emplean los árabes para insultar á los cristianos, y Mourad, largo tiempo favorito del Bey, debe pertenecer á la religión musulmana, pero se le acusa de haberse conducido mal y se le trata de infiel.

¿Cuáles son sus crímenes? La lista sería larga.

Desde luego se le acusa de haber aprovechado su ilimitado poder, para recargar al pueblo de impuestos, apilando en sus cofres considerables riquezas, y éste, sin embargo, es el menor de sus pecados. Los tunecinos, los egipcios, los

turcos, todos los orientales tienen ya costumbre de enriquecer á sus señores, y Mourad, en este caso, no había hecho más que lo que todos sus predecesores; pero tiene delitos mucho más graves: educado en Francia, adonde su padre le mandó para que hiciese sus estudios, no sólomente ha olvidado, entre los cristianos, usos y costumbres de su país, sino que ha perdido su creencia, su fe religiosa, y apenas si de vez en cuando se le ve en la mezquita, ni las guarda el respeto debido, porque últimamente había dado orden de prender á un criminal que se refugió en el sagrado recinto.

Durante las fiestas del *Ramazán*, Cuaresma de los moros, en lugar de vivir en el ayuno y la oración, se le ve por las calles con alegres compañeros, visita á los Cónsules, vive con los cristianos y tiene á gala el sentarse en un café con los europeos. Sus costumbres son también motivo de escándalo; no contento con las cuatro mujeres legítimas, que permite el Corán, y gran número de odaliscas, lo que constituye un *harén* ponderado en todo el país, trata de apropiarse los bienes ajenos; y el año anterior durante el *Ramazán*, aprovechando la ausencia de los maridos ocupados en sus devociones, se introdujo bajo varios disfraces en algunas casas, se dirigió al departamento de las mujeres, lugar tan sagrado como el templo entre los musulmanes, y donde éstos no permiten la entrada ni á su mejor amigo.

Para quien conoce las costumbres de Oriente, todas estas faltas, que entre nosotros serían insignificantes, constituyen verdaderos delitos. Mourad las había cometido desde que estaba en el poder, y sin embargo, no se le había reprochado hasta hoy, porque antes era el amigo del Soberano; pero aquel día el Bey había arrojado de su presencia á su primer Ministro, y al punto

los tunecinos, que ya no tenían razón para respetarle, se desencadenaron contra él; todos los reproches que hemos formulado circulaban de boca en boca, la cólera exasperaba los ánimos, y la multitud no se contentaba con amenazar con el puño al Palacio, sino que los árabes de la campiña, las mujeres judías y los chiquillos, arrojaban piedras contra los muros blancos del Palacio.

Hubo, sin embargo, un momento, en que un eco prolongado resonó en los aires; era el *muezzin* que desde el miravete vecino llamaba á los fieles á la oración de la tarde, y á un mismo tiempo de las doscientas torres de Túnez parten los mismos ruidos, y la multitud tumultuosa guarda silencio, se postra en medio de la calle en dirección á la Meca, ostenta las cuentas de su rosario y murmura una oración.

Cuando se levantan, han olvidado á Mourad y sus crímenes, y no piensan más que en dirigirse á las mezquitas para orar y hacer las abluciones ordenadas por el Profeta.

II

Mientras los tunecinos le amenazaban con la voz y con el gesto, Mourad, retirado en el *sélamlik*, parte de la casa reservada á los hombres, tranquilamente tendido en un diván, fumaba la pipa que un esclavo negro acababa de encender, y llevaba á sus labios una pequeña taza de café.

Mourad representa unos treinta años: es un arrogante mozo con tez morena, ojos negros y expresivos, nariz griega, dientes pequeños, cuya

blancura destaca bajo el bigote oscuro y abundante.

Sentado frente á él estaba Sivasti, su secretario y amigo. Sivasti, hijo de un moro y una esclava georgina, no se ha separado de él desde la infancia: los dos se han educado en París en el mismo colegio, y cuando Mourad, de vuelta á su patria, ha sido llamado al poder, Sivasti, reflejo de su Señor, ha llegado á ser casi tan poderoso como él. Es un arrogante joven, de rostro simpático y humor jovial, y por sus costumbres, más parisién que oriental.

—¿Qué piensas de este motín?—dijo á Mourad su secretario, ocupado en saborear un *grog*, á pesar de la ley mahometana que impide toda bebida espirituosa.

—Pienso,—dijo Mourad,—que todos esos charlatanes volverán á sus casas, y Túnez dormirá pacíficamente como de costumbre.

—Y mañana, ¿no temes un nuevo motín?

—Sí tal, volverán á empezarle para distraerse; pero no más. ¿Crées que se atreverán á allanar mi casa?

—Según eso, ¿piensas permanecer tranquilamente en Túnez?

—Eso es otra cosa; no temo á los amotinados, pero temo á mi sucesor, el nuevo primer Ministro: no dormirá tranquilo mientras sepa que estoy en la ciudad y pueda volver á llamarme el Bey.

—De seguro,—dijo Sivasti envolviendo un cigarrillo,—que piensa ya en hacerte estrangular.

—No se estrangula ya entre nosotros. Las potencias extranjeras han protestado contra este uso antiguo, y hemos renunciado á él, al menos por ahora.

—Si no se atreve á estrangularte, te mandará prender, y desconfía de la justicia en esta tierra; que ya sabes no es más que una capa de otros crí-

menes. Tú debes saberlo, porque tú los has empleado con éxito.

—Previendo alguna desgracia, me he puesto hace algún tiempo bajo el protectorado de la Francia.

—Has hecho bien; entonces no tenemos nada que temer.

—¡Ah! eso no, no hemos hablado aún del veneno; bien sabes que aquí una mano hábil le mezcla en una taza de café, ó en un vaso de jarabe; esto no es un crimen político; los europeos nada tienen que ver con él, y estoy seguro que desde mañana mi amable sucesor tratará de corromper á cualquiera de mis esclavos, y no es fácil responder de trescientos servidores que me rodean.

—¿Entonces, dejas á Túnez?

—Esta misma noche.

—¿Y adonde vas, á Argel? La frontera está próxima.

—¿A Argel por tierra? ¿tú quieres mi ruina?

—¿Cómo?

Mis compatriotas me reprochan no haber seguido sus costumbres, cuando, por el contrario, las he acatado hasta el extremo de dejar mi fortuna improductiva, contentándome con poseer unas arcas llenas de piedras preciosas y no dinero. ¿Cómo quieres que atravesase el Desierto con este equipaje? Me desbalijaría la primera tropa de beduinos con que tropezásemos. Prefero irme á Francia por mar.

—Un vapor francés de la *Compañía Valery* parte mañana para Marsella; puedes tomar pasaje en él.

—Esa es mi intención: á las tres de la mañana dejaré este Palacio, ganaré el lago, y cualquier bote me conducirá á la rada á bordo del vapor francés.

—¿Quién te acompañará?

—Tú, si no quieres quedarte en Túnez.

—¡Yo! Bien sabes anhelo vivir en París, y casi bendigo la desgracia, que me va á permitir vivir á mi gusto.

—Allí viviremos bien,—dijo Mourad saboreando una nueva taza de café.—Si hubiera encargado á un intermediario que cambiase mi oro y vendiese mis alhajas, hubiese sido robado, como lo fué el virrey de Egipto. Yo las iré vendiendo en París poco á poco. Conozco su valor. Me constituye un capital de siete ú ocho millones de francos: ellos nos darán buena renta.

—Que sabremos disfrutar,—dijo Sivasti, que miraba la fortuna de su amigo como suya;—pero oye, ¿qué piensas hacer de tus trescientos servidores?

—Que se arreglen como puedan; puede tomarles á su servicio mi sucesor.

—¿Y tus mujeres? ¿tus cuatro mujeres legítimas?

—¿Olvidas el divorcio? Aquí está en vigor, sin necesidad de discursos ni reflexiones filosóficas. Mi partida deja en libertad á todas estas señoras, que pueden casarse también con mi sucesor.

Al decir estas palabras, Mourad se levantó, tomo el brazo de Sivasti, y empezaron á pasear por el vasto salón, cubierto de alfombra de Esmirna.

—¿Qué haría yo en París con esas muñecas indolentes, embrutecidas por la vida oriental? Allí las hallaremos mejores, mi querido Sivasti; recuerdo nuestras escenas en casa de *Bignon*; en lugar de un harén sedentario como aquí, tendremos harenes ambulantes y distintos cada día.

—Bien, bien,—dijo su secretario animándose á esta idea;—pero recuerdo que posees también una docena de blancas circasianas, que se han elevado á la dignidad de odaliscas.

—No me importa su suerte; todos los tuneci-

nos querrán casarse con las mujeres de Mourad.

—¿Es decir, que partimos solos?

—No del todo.

—¿A quién llevas?

—A Fatmah.

—¿No tienes valor para dejarla?

—Yo tengo todos los valores, y la dejaría como á las demás, si no creyera que esta mujer, lejos de estorbarnos, puede sernos útil en Paris.

—¿Cómo?

—No lo sé; pero creo que una mujer hermosa inteligente, á quien no amo desde hace tiempo y que se sacrifica por mí, puede ayudarnos en ocasiones. Además la compré en cien mil francos en Circasia; fué una locura.

—Cierto; y no se abandona semejante suma cuando se puede llevar; llevémosla, pues; nos recordará las delicias del harén. ¿Y vas á dejar las demás sin darlas el último adiós?

—No se le daré,—repuso Mourad atusando sus bigotes,—porque no me dejarían partir; pero las reuniré á todas para darles el espectáculo de un baile; quiero que mi última noche en Túnez sea noche de fiesta.

—¡Y partes sin poner en orden tus negocios!

—¡Orden! ¿Qué palabra has pronunciado? Creí ser demasiado europeo. ¿Acaso un verdadero creyente tiene orden ni previsión? Encargo á la Providencia de mis negocios; yo no tengo más que tomar una de mis cajas debajo del brazo, darte la otra, y confiar una tercera á Fatmah. Gracias á su contenido, tendremos en Marsella cuanto queramos; ahora te doy libertad hasta las tres de la mañana, á esa hora espérame en el patio que precede al harén.

Se separaron, y algunos minutos después, cuando Mourad se dirigía al haren, Sivasti aceleradamente, y dijo:

—Te has engañado, la multitud que sitiaba el Palacio, no se ha dispersado. Desde el terrado, he visto árabes y judíos que cercan la casa, nuestra fuga no será tan fácil como habías supuesto.

Mourad permaneció algunos instantes reflexivo, y dijo:

—Huiremos, y nuestra fuga dejará memoria en Túnez, te lo juro.

III

Fastuoso y sensual, como la mayor parte de los orientales, el primer ministro Mourad había montado su harén con un lujo, que recordaba el gran harén de Constantinopla.

Veíanse patios cuadrados, sostenidos por columnas de jaspé y oro, entre los cuales se abrían las puertas de los dormitorios, y poblados naranjos y jazmines ocultaban hermosas pilas de mármol para los baños; galerías, cuyos muros estaban cubiertos de arabescos hábilmente cincelados, amueblados de divanes de rica sedería, y pequeños veladores de nácar destinados á sostener los refrescos. Las habitantes del *harén* estaban clasificadas del siguiente modo, á imitación de las mujeres del Sultán:

Primero: las cuatro *cadines*, mujeres legítimas, divididas en la gran señora, la segunda señora, la señora tercera y la pequeña señora, títulos que tiene por objeto mantener el orden en el *harén*.

Después de las *cadines*, las favoritas, llevando también su número de orden: primera favorita, segunda favorita. A las favoritas suceden las es-

clavas, bastante lindas para poder interesar en un momento dado el corazón de su Señor.

La palabra esclava merece ser explicada, porque se cree que la esclavitud ha sido abolida en Oriente desde el día en que los turcos lo declararon así, cerrando pacíficamente sus mercados; pero por aquella fórmula nada se ha suprimido, nada se ha cambiado: en Oriente, además nada cambia; lo que se hacía en otro tiempo, se hace hoy, y si no compran á las mujeres en público mercado, si los turcos no hacen prisioneros en Circasia, aún encuentran padres que les vendan su hijas.

Las esclavas, pues, se dividen en dos clases: las *kalfas*, señoras, y las *alaiques*, ayudantes; las primeras inician á las segundas en los detalles del servicio, y las dividen según sus aptitudes, siendo las que sirven, visten y peinan á las esposas legítimas.

Ciertas *kalfas*, expertas en el arte del baile, habían escogido también á la más jóvenes y formado un cuerpo de baile que distraería los ocios de Mourad. Después de éstas vienen ya las esclavas de baja estofa, negras y blancas, y en general, feas y viejas, encargadas de los oficios más groseros. Y por último, los eunucos negros, porque el fastuoso Mourad no había podido procurarse eunucos blancos. Ellos eran los encargados de la vigilancia del *harén*, y su señor, á imitación del Sultán, les llamaba guardianes de la puerta de la dicha.

Esta puerta, Mourad, al dejar á Sivasti, acababa de franquearla, y en cuanto lo supieron dentro del *harén*, todas las mujeres corrieron á su encuentro; las unas llorando, las otras mesándose los cabellos, todas en ademán de desconsuelo; habían sabido la desgracia de Mourad, la hostilidad del populacho, y temían por su Señor.

—No os desconsoléis—dijo Mourad,—esto no vale nada; mañana habré recobrado el favor perdido; y mi pueblo, que hoy me insulta, se inclinará ante mí. Vengo á pasar la noche con vosotras en la Sala de las fiestas.

Y tranquilo, risueño, acariciando su negro bigote, recorría los patios, las galerías, repitiendo las mismas palabras.

Entonces, gracias á la movilidad de los pueblos orientales, todas aquellas mujeres pasaron de la aflicción á la alegría.

Fatmah, esclava circasiana, acercóse á él, y le dijo en voz baja:

—¡Nos engañas! ¿qué ha sucedido? Dime la verdad.

Inclinóse entonces á su oído como para proferir una frase amorosa, y murmuró:

—Disponte á dejar el *harén* esta noche, haz tus preparativos en silencio, y ven á sentarte á mi lado en la Sala de las fiestas.

Y mientras Fatmah, radiante, se alejaba con el balanceo natural de las hijas de Oriente, Mourad se ocupaba de la fiesta proyectada.

Después de dar sus órdenes, alejó á la multitud con un ademán, y se dirigió solo hacia una habitación que le estaba reservada en el interior del *harén*.

Veíanse confundidos en desorden pedazos de ricas telas, fajas ricamente bordadas, velos de tisú de oro y de plata, y allí era donde elegía el presente destino á la favorita del día. Estuvo allí cerca de un cuarto de hora, hizo diferentes preparativos, y después de convencerse de que nadie podía verlo, cerró la puerta y se dirigió á la Sala de las fiestas.

Todas sus mujeres le aguardaban, y todas se levantaron á su llegada, llevando la mano al corazón; él se tendió sobre un diván, tomó la pipa,

hizo una seña, y al punto un grupo de músicos y bailarinas ocupó el centro de la Sala.

Los bailes duraron toda la noche, interrumpidos por cortos intermedios, en los cuales Mourad, siempre tranquilo, indolente, circulaba de grupo en grupo, dirigiendo á ésta una sonrisa y á la otra una lisonja.

A las tres de la mañana, cuando el baile estaba más animado, gritos de terror resonaron por todas partes, luces rojizas iluminaron las ventanas, y un humo espeso invadió el salón.

—¡Fuego! ¡fuego!— dijeron las esclavas desde el patio.

—¡Fuego! ¡fuego!— gritaron las favoritas desde el salón.

Fatmah, menos tímida que las demás, se acercó á Mourad, y le interrogó con la vista.

—Es obra mía,— dijo Mourad inclinándose á su oído;— este es el momento de nuestra fuga.

Seguido de Fatmah salió del *harén*, ganó el patio donde había dado cita á Sivasti, subió á su habitación y tomó tres cofrecillos, repartiéndolos entre sus dos compañeros, y guardándose el tercero.

Se dirigieron á la puerta, en la que ya había gran tumulto, porque todos los moradores del Palacio querían salir á la vez; y á favor de aquella confusión, Mourad, Sivasti y Fatmah, envueltos en grandes albornoces y la capucha echada, pudieron salir del Palacio y ganar las callejuelas próximas.

IV

Caminaban uno tras otro al uso indio; primero Mourad, el Señor; después Sivasti, su segundo; después Fatmah, la esclava.

El barrio en que se refugiaron, que conducía al lago ó pequeño mar, tiene las calles más tortuosas de Túnez; es un verdadero laberinto, donde cualquiera se perdería; pero Mourad y Sivasti, aventureros de condición, conocían á Túnez como algunos conocen á Paris; en el barrio de la Marina pudieron ya caminar los tres á la par, y Sivasti dijo con aire jovial:

—Los tunecinos se quejan de que la ciudad no está alumbrada. ¡Qué injusticia! Mirala iluminada como en pleno día.

—Y esa iluminación nada les cuesta,— repuso Mourad;— yo pago los gastos.

Fatmah, á quien su Señor le había enseñado ya el idioma francés, exclamó:

—¿No sientes la destrucción de ese hermoso Palacio?

—¿Para qué? Los pesares amargan la vida. Además, ese Palacio, mi sucesor le hubiera confiscado y se hubiera apropiado de los cofrecillos que llevamos. ¿No te parece muy pesado el tuyo, Fatmah?

—No, al contrario; me parece ligero, porque huyo contigo.

Sivasti nada decía.

—¿En qué piensas?— le dijo Mourad;— ¿temes ser perseguido?

—¡Perseguido! ¿por quién? Nadie se ocupa de

nosotros. Medio Túnez asiste á los fuegos artificiales que les damos, y la otra mitad no piensa en abandonar su lecho; y aunque ardiera su propia casa, dejaría al Profeta el oficio de bombero.

—Entonces, ¿en qué piensas?

—En tus pobres mujeres; ¿dónde van á pasar el resto de la noche?

—Al aire libre; el tiempo está magnífico. Además, ¿crees que tan difícil les será hallar hospitalidad en casa de algún tunecino de su amistad? No me he hecho nunca ilusión sobre la virtud de mis esposas, y sólo en Europa se cree en la castidad de las mujeres turcas. Aquí sabemos que los eunucos que las guardan son complacientes, y su túnica y su velo favorecen las escapatorias clandestinas. Ya me ha sucedido seguir á una de mis mujeres creyendo que era la mujer de otro.

—¿Qué hiciste al reconocerla? — preguntó Sivasti.

—¿Le has dado muerte? — le dijo Fatmarh.

—¿Por quién me tomas? Me rei, por el contrario, de la aventura, que me recordaba mi querido Paris.

Así hablando, atravesaron la ciudad, llegaron al lago y se disponían á buscar una barca que les condujera á la goleta. Había muchas, pero los marineros invisibles; al ver las luces del incendio, casi todos habían acudido á él. Al cabo de algunos minutos de recorrer la orilla, Sivasti apercibió á dos hombres dormidos en el fondo de su barca. Los bateleros de Túnez no gustan de ser molestados en su sueño; pero gracias á las promesas de Sivasti, tomaron sus remos y sus lanchas y se dirigieron á la goleta.

Como había dicho Mourad, el tiempo era magnífico, una verdadera noche de Oriente, templada, con el cielo estrellado; pero no obstante, á lo lejos una bruma parecía levantarse del lado de

la mar y uno de los bateleros les hizo observar en su dialecto árabe que al día siguiente el lago podría no estar tranquilo.

—Mala noticia, — dijo Sivasti, — para los que vamos á viajar.

—*El mañana, es de Dios*, — dijo el Ministro, acostumbrado á citar proverbios de su país, aunque sin darles la menor importancia.

Llegaron en una hora al islote situado en medio del lago, de donde se domina el panorama de la ciudad. Túnez estaba en aquel momento magníficamente iluminado por el incendio; sus blancos muros brillaban con la luz del día; las cúpulas de sus mezquitas resplandecían bajo un cielo rojizo, y veíanse bancos de arena, hileras de rosales, con los pies bañados por el agua; por fin, se veía el canal que conduce al mar; allí están situadas las primeras casas de la Isleta, verdadero puerto de Túnez, donde está la aduana, el arsenal y una fortaleza ocupada por soldados.

—Si los soldados ordenarán á nuestra barca detenerse... — dijo Sivasti.

—Se detendría.

—¿Y si nos hacen saltar á tierra, si te reconocen?

—¿Bajo mi capucha?

—Los soldados la pueden levantar; tú mismo has dado orden de no dejar pasar por la noche ningún viajero por el canal.

—Me haces mucho honor al creer que mis órdenes se cumplen; pero como algún centinela podría no estar dormido y recordarlas, vamos á saltar á tierra antes de que nos aperciban.

—¿Y después?

—Nos dirigiremos al mar á pie; nos tomarán por árabes de las afueras, y cuando lleguemos á la orilla, tomaremos una barca que nos conducirá á bordo del vapor francés.

Así lo hicieron, y diez minutos después llegaban á la embarcación francesa, anclada á unos cuatrocientos metros de la ribera. Pero la disciplina que existe á bordo de los buques extranjeros, aunque estos sean mercantes, no permite dejar acercar ninguna embarcación sin saber quien la ocupa, y los marineros de guardia intimaron á los de la canoa se alejaran; pero Mourad y Sivasti, comprendiendo el peligro que corrían, tomaron los remos, y á los pocos segundos se colocaron al pie de la escalera de abordó. Luego Mourad subió por ella, y mandó con voz imperiosa fuesen á despertar al capitán.

Los marineros de vigia se dijeron que un árabe que mandaba con tanto despotismo no podía ser un cualquiera, y cumplieron el mandato.

A las pocos minutos el Capitán se reunía á Mourad.

—Deseo hablaros á solas, — dijo el árabe.

—Seguidme, — contestó el Capitán.

Al encontrarse solos, Mourad se despojó de su albornoz, y apareció con su uniforme de primer Ministro, con la estrella en la frente y el sable corvo á la cintura, con la empuñadura de piedras preciosas.

V

El Capitán del vapor *Africa* reconoció á Mourad, á quien había visto algunas veces en el consulado de Francia.

—No esperaba el honor, — dijo, — de recibiros.

—No me presento como Ministro; estoy destituido desde ayer, ya lo sabréis sin duda.

—Lo he oído, en efecto: pero creí que el Bey se arrepentiría de su decisión.

—Os agradezco tan amable mentira, para salvar mi amor propio; sois un hombre de talento y nos entenderemos fácilmente. Mi destitución es irrevocable; han nombrado mi sucesor, y para escapar á las persecuciones que preveo, quiero dejar á Túnez y refugiarme en Francia.

—Nada más fácil; hoy es martes, y el vapor parte á las cinco. Entraremos en Bône mañana, y en Marsella dentro de cuatro días, despues de una pequeña escala en Córcega.

—Sé todo eso; pero tenía la pretensión de que no aguardaréis esas cinco horas: sino que partiéramos inmediatamente.

—¡Imposible, Excelencia! Vos no conocéis la lentitud de vuestros compatriotas; no me traerán sus mercancías, sino al último momento, y el cargamento de mi navío no ha empezado todavía. Además los *Valery* hacen el servicio del correo, y tengo que aguardar que me traigan la correspondencia.

—Sí, pero sois el representante de la *Compañía Valery*, y si le ofrezco una suma considerable para indemnizar esa alteración que quiero introducir en su servicio...

Aquí el Capitán interrumpió al Ministro, exclamando:

—Cualesquiera que esa suma fuese, yo renunciaría en nombre de la *Compañía*. Nuestro servicio es regular, pero no faltamos por nada ni por nadie á nuestros compromisos.

—¡Ah! — dijo Mourad con despecho.

El Ministro moro, acostumbrado á vencerlo todo, no había previsto esta pequeña dificultad.

—La diferencia es sólo de algunas horas; — dijo el Capitán; — quedáos aquí, y nadie vendrá á buscaros á bordo.

—Por el contrario, he dejado mi Palacio en algún... desorden, y es posible que se funde en eso mi sucesor para suscitarme alguna querrela. Creo el medio más prudente, partir.

—En ese caso, lo siento; pero no puedo complaceros.

Después de breve silencio el capitán exclamó:

—Me ocurre una idea. Lo que yo no hago por vos, otro acaso lo podrá hacer. Vuestra Excelencia habrá visto en la rada un pequeño vapor.

—En efecto, he pasado junto á esa embarcación.

—Es un barco que hace viajes irregulares, cuando tiene cargamento, de Túnez á Trípoli, y creo á su Capitán muy capaz de aceptar vuestras proposiciones; probad.

—Está bien: me haré conducir á bordo de ese vapor.

—Para complaceros me encargaré de le negociación; tengo cierta influencia sobre mi colega, y creo además imprudente que os mostréis en la rada. El sol ha salido ya, y los botes empiezan á circular.

—Decís bien, y acepto vuestra mediación.

—¿Qué suma debo proponerle?

—La que queráis.

—He creído observar dos personas más en vuestro bote: ¿irán con vos?

—Hasta Francia.

—Voy á hacerlas subir, y á que os sirvan café; estáis en vuestra casa.

Pocos momentos después, Sivasti y Fatmah estaban reunidos con Mourad sobre la cubierta del barco.

—¡Esto no marcha sobre ruedas! —dijo el secretario al antiguo Ministro.

—¡Qué quieres! Estos endiablados franceses tienen ideas muy originales: hablan de sus debe-

res, de sus palabras; nosotros, los turcos, no nos atamos con semejantes bagatelas.

—Es verdad, se firman tratados y no se cumplen. En fin, ¿qué hacemos?

—Lo sabremos dentro de un instante.

—Corriente. ¡Hola! Nos traen café, y en grandes tazas; ¡qué fortuna, perder de vista las tazas microscópicas de nuestra patria! Está uno expuesto, por beber el contenido, á tragarse el continente.

El buen humor había renacido; creíase ya hallarse en Francia, en el boulevard de los Italianos, desde el momento que había puesto el pie en la cubierta de un vapor francés.

Al cabo de media hora volvió el Capitán y dijo:

—El trato está hecho: el Capitán acepta; ha mandado encender la caldera y levar ancla de ocho á nueve. No se compromete á conducirnos más que á Bône, pero en Argelia estaréis con tanta seguridad como en Francia. Además, yo toco mañana en ese puerto y podéis tomar pasaje en mi vapor.

—Perfectamente: eso nos conviene, —dijo Sivasti soboreando un sorbo de café.

—A la verdad, —repuso Mourad, — la sola travesía importante es desde Bône á Marsella; desde aquí á Bône podemos ir de cualquier modo. Acepto la proposición.

—Permitid que os diga, —exclamó el Capitán, — que esa pequeña travesía, á que no daís importancia, no debía ofrecer dificultades. Precisamente se sigue la costa que está erizada de escollos, y los marineros no tenemos miedo en alta mar, pero sí cerca de las costas. Añadid á esto, que la mitad de vuestros faros no están alumbrados.

—Son muy indolentes mis paisanos.

—En fin, os confesaré también que el Capitán del *Tripoli*, que tal es el nombre del barco en que os embarcáis, está poco acostumbrado á esa travesía, y mi conciencia me manda preveniros antes.

—No importa; me decido. Mirad, —dijo señalando á tierra;— en el puerto pasa ya algo inusitado. Muchos botes se ponen en movimiento. Los tunecinos que cercaban mi Palacio, son capaces de seguirme hasta aquí.

—Entonces no perdáis tiempo. El Capitán del *Tripoli* es un marsellés de carácter enérgico, que no dejará molestar á un pasajero de vuestra importancia. Yo no puedo obrar con independencia, por mi posición oficial.

—Partimos, Capitán, muy agradecidos al servicio que nos hacéis.

Y envolviéndose de nuevo en sus albornoces, se despidieron del Capitán hasta el día siguiente en Bône.

El Comandante del *Tripoli* los recibió con rudeza. Era uno de aquellos marinos mercantes, más acostumbrados á transportar fardos que Ministros. Sin embargo de su carácter enérgico, se hacía obedecer, y el vapor estuvo listo á las nueve.

Ya era tiempo, porque una verdadera flotilla iba en dirección suya, buscando á Mourad, que suponían refugiado en alguna embarcación francesa; pero el Capitán creía deber protección á los que de él se fiaban, y mandó levar anclas sin atender á intimaciones de nadie.

Pocos minutos después el hélice se agitó, el agua empezó á salir á borbotones y el navío á maniobrar virando de derecha á izquierda y haciendo zozobrar los botes que le cerraban el paso. Estaba escrito que la fuga de Mourad había de ser accidentada.

—¡Adiós, adiós!— decía Sivasti después.—

Sobre cubierta espéro no volver á veros: renuncio á la vida de Túnez y á sus mujeres: ¡viva Paris!

Mientras así gritaba, el barco se alejaba á todo vapor y pasaba ante la antigua Cartago, cuyas ruinas, dominadas por la capilla de San Luis, brillaban con los primeros rayos del Sol.

—Me doy prisa á doblar estos endiablados cabos que nos separan de Bône, porque temo un golpe de Nordeste, y cuando ese viento sopla, hasta los marineros temblamos.

VI

Con razón desconfiaba del tiempo el Capitán del *Tripoli*; el equinoccio estaba haciendo sentir su terrible influencia en las costas de Africa, y apenas el vapor hubo doblado el cabo que los antiguos llamaban Promontorio de Mercurio, cuando el viento Nordeste se hizo recio y violento.

El *Tripoli*, cuyas velas hinchadas habían acelerado la marcha, tuvo que fiarse sólo al vapor, lo que era fatigoso, y los pasajeros empezaban ya á sentirse mal, y lamentaban no haber tomado en seria consideración las advertencias del Capitán del *Africa*.

—¡Si fuéramos á naufragar!— decía Sivasti agarrado al palo mayor.

—¡Puede ser!— repuso el Capitán, —precisamente en este punto, un poco más al Oeste, naufragó el mes pasado el vapor *Auvergne*.

—No sois tranquilizador, Capitán, —dijo Sivasti:—

—¡Qué queréis! digo la verdad; y como hay que hablar de algo para pasar el tiempo, esta conversación tiene al menos carácter local.

—¡Demasiado local! —dijo el secretario, molesto por la franqueza del Capitán.

—Se perdió el pobre barco, — prosiguió impasible el Capitán, — y era un barco de ciento veinte caballos, y como tres veces el mío; y su Capitán, ¡bravo marinero! que conocía esta costa mucho mejor que yo.

—¡Gran Dios! Si no la conocéis, nos estrellaremos.

—No tal, hay que contar siempre con la casualidad, que acaso sea favorable.

Interrumpióse de repente para añadir:

—Creo que haríais bien en volver á vuestros camarotes; en cuanto el barco tome más balanceo no le podréis sufrir.

—¡Dios mío! ¿Puede tomar todavía más?

—¡Ya lo creo! Tenemos un tiempo bonancible al lado del que se anuncia.

Sivasti no quiso oír más, y más bien á gatas que andando, se dirigió hacia el camarote que ocupaba Mourad; éste había tomado el partido de tenderse, pero las brascas sacudidas del buque amenazaban arrojarle á cada instante de la hamaca.

—Esto va mal, mi pobre Sivasti, — dijo.

—Y tan mal, — contestó este tratando de ganar la segunda litera.

—¿Y la pobre Fatmah, sabes de ella?

—Sí, está acostada como nosotros, y no dice una palabra, no se queja... ¡Ah! la religión musulmana da una resignación de que nosotros carecemos.

Un terrible vaivén le echo fuera de la hamaca; é incorporándose, murmuró:

—¡Y decía el Capitán que era un tiempo apacible!

El Capitán no se había engañado; á las nueve una verdadera tempestad se había desencadenado y la niebla espesa impedía distinguir los faros.

El vapor hacía resistencia, gracias á su máquina nueva; pero era indudable que si no se ponía al abrigo, no tardaría en estrellarse en la costa. A las dos el viento furioso rompió el timón y el barco quedó entregado á sí mismo. Tratóse de echar anclas, las cadenas se rompieron, y en breve el *Tripoli* se encontró sin defensa y era verdadero juguete de las olas. El Capitán entonces no tuvo más remedio que poner su buque en posición perpendicular á la playa, y tratar de embarrancarle en la arena.

Esta maniobra desesperada tuvo éxito, y al choque del *Tripoli* en la arena nuestros dos musulmanes dijeron:

—¡Aláh lo ha querido!

En esta hora suprema el musulman triunfaba del europeo, y Mourad olvidaba su educación parisien, recobrando la filosofía del oriental ante el peligro de la muerte.

—¡Calle! no nos movemos, — dijo Sivasti, — ¿habremos entrado en el puerto?

—Lo dudo, y todo es preferible á estar en esta duda; quiero saber lo que pasa.

—Subo contigo, á cubierta; está quieto y podemos andar.

Fatmah había tenido la misma idea de subir sobre cubierta, y casi la encontraron á mitad del camino muy pálida, pero tranquila, confiando en la Providencia, como todas las circasianas.

Sivasti pudo convencerse en breve de que en lugar de haber entrado en el puerto había naufragado, las olas se estrellaban en la obra muerta del barco y bañaban su cubierta.

El Capitán que no tenía maniobra alguna que mandar, se reunió á sus pasajeros y les dijo:

—¿No os había anunciado la tempestad?

—Sí, algo tarde;—dijo Sivasti.—Si nos la hubiérais anunciado antes, estaríamos aún en Túnez.

—Para que os encerrasen ú os descuartizaran. Mejor estáis aquí, á dos pasos de Argelia.

—¿Cómo! ¿no estamos aún en la costa francesa?

—No; hemos naufragado junto á la isla Tabarka, que pertenece al Bey de Túnez; estáis en vuestra casa.

—Si llamáis á esto nuestra casa...—dijo Sivasti, al que acababa de derribar un golpe de mar.

—No os incomodéis, aún no estáis del todo perdidos; si antes del amanecer no os arrebatan las olas ó se ha hecho pedazos el barco, tenéis alguna probabilidad de ganar la ribera.

No tuvo tiempo de decir más, porque una verdadera montaña de agua y espuma cayó sobre el navío; pero los pasajeros escaparon á este peligro, y así pasó la noche, entre angustias peores que la muerte.

A los primeros resplandores del alba pudieron apreciar su situación, que no era tan desesperada como habíase creído.

—¡Tenéis suerte!—dijo el Capitán á los pasajeros;—¿sabéis por qué no se ha deshecho el barco? Porque tocaba á la arena por el extremo, lo cual nos ha servido de punto de apoyo y nos da medio de desembarcar.

—¡Desembarcar!—replicó Mourad.—Es salvarse de un peligro para caer en otro. Conozco vuestra isla de Tabarka. Los árabes que habitan la costa vecina hacen irrupción en ella á cada paso, y puede decirse que la dominan tribus insubordinadas. Son verdaderos ladrones y asesinos.

—¿Habéis estado tantos años en el poder sin librar al país de esos bandidos?

—¡No sabía que había de naufragar en la costa!—dijo cínicamente Mourad.

VII

A pesar de los temores manifestados por Mourad, fue decidido que se abandonara inmediatamente el navío para tomar tierra, y si no se tomaba pronto esta determinación, la mar se encargaría de arrojar á los náufragos de la morada que se obstinaban en ocupar.

Desde que salió el sol, el viento cesó de soplar; pero las olas se estrellaban con violencia en el casco del navío, y de un momento á otro podían deshacerlo y arrebatár marineros y pasajeros. Sin embargo, como Mourad pensaba en sus riquezas, vacilaba; y el Capitán creyó prudente hacerle estas observaciones:

—Los árabes no os han visto todavía, y tenemos tiempo de ganar la ciudadela vecina; las rocas la ocultan pero mi segundo afirma que está á cinco kilómetros en dirección al Sur.

Mourad no se animaba. La palabra *ciudadela* no le tranquilizaba, por si le retenían prisionero; pero Sivasti le dijo que ningún peligro le amenazaba, porque los soldados tunecinos no tendrían noticia de su desgracia; no podían sino halagarle y hacerle los honores debidos á su alta jerarquía, si se daba á conocer.

Una ola más fuerte que las otras hizo bueno el argumento, y cada cual salvó consigo lo que pudo, disimulando nuestros viajeros bajo su albornoz las cajas con el tesoro.

El Capitán fué el último que dejó el vapor, fijando una mirada de tristeza en aquella frágil casa que había mandado, y que iba á ser pasto

de las olas, y se aventuró sobre la verga que servía de puente desde el navío á la playa.

Reunidos en tierra, contada la gente para asegurarse de que nadie faltaba, formaron un grupo y caminaron en dirección de la ciudadela.

Durante una hora ningún incidente turbó esta marcha, que no fué tan triste como hubiera podido suponerse, porque los marineros son como los orientales; pasado el peligro, son los primeros que se rien de un naufragio, y Mourad y Sivasti recobraron al punto su buen humor.

—Decididamente,—decía el Ministro;—que calumniando á este país de Tabarka, el Gobernador tenía interés en prestarle una mala reputación, y los llamaba bárbaros, á fin de guardar para él el impuesto que le correspondía; esta población está muy civilizada.

—Puede estarlo,—hizo observar Sivasti,—pero, por el instante, es invisible.

Apenas había dicho estas palabras, una nube de árabes blandiendo los sables y lanzando gritos salvajes salió de entre las rocas y rodeó al grupo de los naufragos.

Los marineros, obedeciendo á un sentimiento instintivo, se dispusieron á defenderse; pero el Capitán que ya había contado el número de enemigos, pensó que toda resistencia sería inútil.

—¡Abajo las armas! Tratad de huir, es todo lo que permito.

Encontraron bueno el consejo y echaron á correr en diferentes direcciones; pero cansados por las maniobras de la noche y perseguidos por los árabes que surgían de entre las rocas, volvieron á reunirse todos, y al que cogían los árabes, le despojaban hasta de sus vestidos, le ataban brazos y piernas, y le dejaban tendido en tierra.

El Capitán y sus tres pasajeros habían juzgado inútil la fuga, y permanecían de pie inmóviles,

prontos á sufrir la suerte de sus compañeros. Los árabes en cambio, los contemplaban medrosos: habían creído habérselas con europeos, con perros cristianos, como los llaman, y al encontrarse con árabes y correligionarios, les asaltaban escrúpulos. Mourad comprendió el partido que de estos escrúpulos podían sacar, y dijo á aquellas gentes en su idioma y con imperio:

—Soy oficial del ejército del Bey, y ordeno á la obediencia, si no queréis sufrir el justo castigo.

Por desgracia, mientras así hablaba, los pliegues de su albornoz se entreabieron, dejando ver la empuñadura de su sable, guarnecida de piedras preciosas.

En lugar de avanzar sobre Mourad, los árabes retrocedieron, se consultaron unos á otros, adivinaron sus riquezas en el bulto que cada una de aquellas personas guardaba bajo el albornóz, y la codicia triunfó del miedo: el más anciano de la tribu declaró que no había que vacilar, y se dispusieron al ataque.

Los naufragos durante esta consulta, se dispusieron también á la defensa; y quizás Mourad y Sivasti no hubieran combatido al tratarse sólo de su existencia; pero se trataba de la fortuna, de todos los goces que ella le prometía, y sin la cual quedaban reducidos á sufrir la miseria en el destierro.

Mourad tiró de su sable corvo de hoja damasquina, Sivasti se armó de un puñal de fabricación turca, con mango de marfil, y Fatmah se armó de una hacha abandonada por los marineros al partir: pero para utilizar las manos en su defensa, le fué preciso abandonar en tierra sus cofrecillos, apoyando el pie cada uno sobre el suyo.

El Capitán y su segundo se preguntaron si debían tomar parte en lucha tan desigual; era evi-

dente que los árabes no querían la vida de los viajeros, sino sólo sus riquezas; ¿y por qué habían de exponer ellos las suyas por salvar los bienes de enemigos de su raza y de su religión? Sin embargo, aquellos extranjeros, al subir á bordo, habían confiado al Capitán su vida y hacienda, y los oficiales del *Trípoli* se decidieron á pelear al lado de sus pasajeros.

VIII

La lucha, á pesar de la desigualdad del número, podía salvarles, porque los árabes perdían gran parte de su ventaja, por su inexperiencia.

Si hubieran caído todos á la vez sobre sus adversarios, fácilmente hubieran tomado razón de ellos, pero el uno corría tras de éste, el otro tras de aquél, sin orden, sin táctica, fatigándose en carreras inútiles.

En la pelea, Mourad y Sivasti respondían á las injurias de los árabes con otras injurias; el Capitán y su segundo blasfemaban también y vociferaban; sólo Fatmah combatía en silencio, paraba los golpes con su hacha y los descargaba certeros sobre sus adversarios.

En la lucha su albornoz y su velo habían caído, y aparecía arrogante; el pecho levantado; la cabeza erguida, con la rigidez del mármol; sus caderas acentuadas; la pierna y el pie, que colocaba sobre el cofrecillo, de un dibujo perfecto. Su abundante cabellera negra flotaba destrenzada; sus rasgados ojos, de negras pestañas, apare-

cían inflamados por el ardor de la pelea; sus blancos dientes, destacaban entre sus labios de coral, y su nariz griega palpitaba como si aspirase el olor de la sangre derramada.

Un árabe, armado de su hacha, que había ido á robar al buque, se acercó á Mourad, y evitando sus golpes dió un hachazo al cofrecillo que tenía á sus pies, y al punto monedas de oro, rubíes, esmeraldas y diamantes proyectaban miles de chispas á la luz del sol, fascinando la vista de aquellos bárbaros, que adoran su cielo ardiente, su noche estrellada, y en el záfiro ven una estrella como en el diamante un rayo de sol.

Después de abrir uno de los cofrecillos, los árabes, ya ciegos, abrieron los otros; y su espectáculo les trastornó. Parecíales que toda la tierra se cubría de piedras preciosas, y sin calcular su valor, querían poseerlas, y todos á la par, sin ocuparse de combatir, se arrojaron por tierra, á cual más podía coger y guardar, parecían una trailla hambrienta buscando en la tierra su alimento sin cuidarse de los golpes que recibían.

Cuando Mourad, Sivasti y Fatmah se vieron despojados de su tesoro, cesaron en sus golpes: ¿para qué combatir si no habían logrado salvar lo que tanto les importaba?

Cuando ya no hubo nada sobre el suelo, cuando todo el pasto fué devorado, cada cual pensó en huir con lo que había obtenido, olvidando el arma que había excitado primero su codicia, y olvidando á Fatmah, que más de uno había deseado en la pelea.

Cuando se vieron libres de enemigos, Sivasti, rendido, se sentó en tierra:

—Ya ves, — dijo sonriendo — que hemos hecho mal de no huir por tierra, como te aconsejaba; temías ser robado y lo has sido, sólo que en lugar